





LOS RECUERDOS DEL VIEJO JACK

CHAI EDITORA





Wendell Berry

LOS RECUERDOS
DEL VIEJO JACK

Traducción de JUAN NADALINI

Berry, Wendell

Este libro fue publicado bajo el acuerdo con Counterpoint Press, un sello de Catapult, LLC en conjunto con la agencia 2 Seas Literary Agency y la coagencia SalmaiaLit”.

Título original: *The Memory of Old Jack*

© Del texto, Wendell Berry, 1974

© De esta edición, Chai Editora, 2026

© De la traducción, Juan Nadalini, 2026

Diseño de tapa
Ese Estudio y Gonzalo Marín

Foto de tapa
Manuel Bonacci

Diseño de colección e identidad
Lamas Burgariotti

Primera edición en Argentina
Marzo 2026

ISBN: 978-631-90896-9-1

Hecho el depósito que marca la ley
11.723

Austria 1840
Ciudad de Buenos Aires,
Argentina
www.chaieditora.com



*Hice este libro para mi padre, su verdadera fuente,
en señal de agradecimiento y celebración.*




Uno: Luz


Antes del amanecer, el viejo Jack salió a pararse al borde del porche delantero del hotel, a contemplar la calle vacía del pueblo de Port William, y ahora el sol, que ya se asomó, lo envuelve con su luz de pies a cabeza. Pero es una claridad que aún no entibia, así que, a pesar del abrigo de corderito grueso que lleva puesto, Jack tiene frío. Le da lo mismo. Antes, cuando fue a ubicarse en el peldaño más alto de la escalinata, atento al peso del cuerpo, se apoyó con cuidado en su bastón y, en un gesto que últimamente se hizo habitual en él, ahí se quedó.

Desde el granero —cuya cúpula con veleta se alcanzaba a divisar por sobre el techo de la casa, recortada contra un cielo pálido—, le llegaba la voz de Mat Feltner llamando a sus vacas. El viejo Jack oía todo con un entusiasmo que lo alejaba de su propio ser; aunque sabía bien dónde se encontraba, para el caso podría haber estado dormido, soñando. Mat esperó, volvió a llamarlas. Y al rato, a juzgar por el silencio, Jack supo que las vacas ya se habían acercado, y que Mat podía ver cómo avanzaban, morosas y difusas, bajo la bruma de una oscuridad menguante. Y después escuchó que se abría la puerta corrediza del granero.


Salvo por el cacareo ocasional de los gallos, en el pueblo y sus alrededores reinaba el silencio. Los pensamientos del viejo Jack estaban ahí con Mat, en el granero, donde bullía la vida animal. Él conocía bien esa soledad en la que se hundía Mat al comienzo de cada jornada laboral desde la muerte de su hijo, durante la guerra. Conocía la rigidez y el dolor que la siega del tabaco le había dejado en la espalda, en los hombros, en las manos. Era consciente del sopor profundo de los fardos de heno en la planta alta del granero.



El anciano se quedó en el porche, bajo el frío blanquecino del alba, vacío de sí mismo, como una estatua, mientras todo lo que en su interior lo había mantenido con vida vivía ahora con Mat, en ese granero que empezaba a despertar. Y ahí había seguido, de pie, mientras los alaridos de los gallos retumbaban una y otra vez contra los cerros, hasta que había ido llegando la luz: primero un resplandor, después el sol. Había escuchado cómo volvían a la vida las otras granjas, cómo convocaban al ganado para que regresara de los pastizales, el mugido fortuito de alguna vaca. Había escuchado cómo encendían los tractores, el movimiento pesado de los acoplados y los carros hacia los campos.



Aunque ahora se los arrastra con tractores, y no con caballos o mulas, el ruido de los carros es el de siempre. Está el tumulto exótico del hierro y el fuego, sí, pero por debajo de eso, o desde adentro, aún se oye el mismo traqueteo de antaño, el repiqueteo de la madera vacía contra los amortiguadores, el desplazamiento veloz sobre los toscos caminos rurales bajo el fresco matutino. Mientras Jack oía todo esto, frente a los ojos de su memoria desfilara una y otra vez una hermosa yunta de mulas que le había comprado a Graham Foresee en septiembre de 1888.



Eran dos hembras negras de tres años, altas, corpulentas, de hocicos claros y movimientos enérgicos; una dupla armoniosa en todo sentido. Beck y Kate. Como si aferrara otra vez las riendas y estuviera de pie sobre el carro desvencijado, las mulas lo van llevando hacia el campo. Están en muy buena forma: el pelaje lustroso, bien reposadas tras una noche de sueño. Acaba de salir el sol. Es otoño. Avanzan juntas, sujetas por el arnés, con una liviandad urgida que a Jack, por un momento, le corta la respiración.

Fue la primera yunta de semejante calidad que tuvo en su vida. Una extravagancia, tal vez. Las compró porque las necesitaba, eso no se discute. Pero hizo esa compra con el cuidado

con que la hizo, y pagó el precio que pagó, en una especie de celebración a sí mismo. Hacía ya tres años que era dueño de la granja (o al menos era dueño de la deuda que su padre le había legado). Y aunque todavía no había terminado de pagar, iba por buen camino. Pensaba saldar esa deuda. Ya no dudaba de sus capacidades. Tenía la certeza absoluta de que estaba a la altura de lo que se le iba a exigir, y de lo que él iba a exigir de sí mismo.

Así que compró las mulas. Buscó y rebuscó hasta encontrar una yunta a la que pudiera mirar y usar con la satisfacción de una sentencia cumplida, y pagó lo que le requirieron. Las fue a recoger en su caballo, una tarde de sábado después del trabajo, y las llevó hasta su casa en la oscuridad de la noche. Para ir a comprarlas se perdió un baile, y cuando en los días posteriores algo le recordaba ese hecho, se lo añadía al precio.

A la mañana siguiente, casi no pudo mantenerse alejado del granero. Fue a sacar las mulas después del desayuno, las cepilló y se quedó con ellas en el corral. Ahí, en sus propias tierras, le seguían pareciendo bien. Le sentaban de maravillas.

A la tarde las hizo salir otra vez, las ató en la entrada del granero y se dedicó a arreglar y ajustar un juego de arneses para la yunta. Aunque ahora Jack está cerca del final, si mira atrás, hacia sus comienzos, el placer de aquella labor, y de todo lo que eso preanunciaba, vuelve a colmar sus pensamientos.

Está sentado junto a la puerta del cuarto con los arneses; a su izquierda, el amplio portón frontal del granero está abierto de par en par, y desde ahí llega a ver el corral, y más allá la fachada trasera de su casa, antigua y gris, que se alza entre los árboles. A un costado, sobre el banco, hay un cuchillo, un punzón y varias correas de cuero sin curtir. Lo acaricia un viento suave que llega desde el senderito de acceso. Aunque está acostumbrado al trabajo expansivo en los campos, disfruta de la estrechez y la precisión de esa labor.

Oye el repique de los cascos herrados de un caballo contra el ripio. Cuando alza la cabeza, ve que Ben Feltner se acerca a la casa montado en una yegua torda; muy cerca lo sigue su hijo Mat, de cinco años, a lomos de un pony. Ben está casado con Nancy, la única de las hermanas de Jack que aún vivía en la casa cuando él nació, y la persona que, en los años posteriores a la muerte de la madre de ambos, se ocupó de la mayor parte de su crianza. Fue Nancy quien lo animó a comprar esa propiedad, y Ben quien le dio su aval en el banco. Ben Feltner es un hombre amable, corpulento; un granjero y un ciudadano ampliamente respetado: tiene la barba y los ojos de un patriarca aunque todavía no cumplió los cincuenta. Es dueño de un intelecto previsor y vasto, del juicio riguroso de un ganadero, de un humor seco y cortante.

Si Nancy fue una madre para Jack tras la muerte de su verdadera madre, cuando él tenía cinco, entonces bien podría decirse que tanto después de que muriera su verdadero padre, cuando él tenía dieciocho, así como durante los años previos, Ben ofició de padre. Jamás fue un vínculo que se hiciera explícito. Al momento de la muerte de su padre, Jack era demasiado mayor y demasiado vanidoso como para aceptar abiertamente una autoridad paterna que no viniera desde la cuna, y Ben no era de esos que ofrecían consejos cuando nadie se los pedía. Pero Ben era, sin duda, el hombre al que Jack escuchaba y respetaba, el hombre con el que calibraba sus propias decisiones. Había veces en que Jack esbozaba un problema, una situación hipotética, y Ben le decía, con suma cautela, lo que “un hombre”, según él, debía hacer en circunstancias semejantes.

Desde que le firmó los documentos para la compra de la granja, Ben no volvió a hablar del tema. Sus visitas a lo de Jack resultaron siempre informales, escuetas, y jamás cruzaron los límites del granero ni fueron más allá de algún asunto puntual que los tuviera ocupados en ese momento. Pero Jack sabía que lo

observaban, y en los últimos meses había tenido la sensación de que lo estaban mirando con beneplácito. Una actitud característica de Ben, que entiende el entusiasmo peculiar de los comienzos, y que por ende, a su modo relajado, ha venido postergando su juicio durante casi tres años.

Se quedan un buen rato frente al granero. Jack va a buscar la nueva yunta de mulas; las miran juntos y hablan sobre ellas. Pero Ben no se baja del caballo. Vino a ver todo con sus propios ojos, se da cuenta Jack. Por fin. Jack le dice que se estaba aprontando para ir a controlar el ganado. ¿No querrían acompañarlo? Ensilla su caballo y salen juntos; los sigue el chico en el pony. Cruzan el terraplén que hay detrás del granero. Dejan que los caballos avancen a paso lento, bajo esa tarde brillante y calurosa. Recorren todos los campos, examinan el estado del suelo, las cosechas, la pastura, el ganado, los cercos y las construcciones. Aunque Jack habla sobre lo que hizo y lo que está haciendo y sobre lo que espera hacer, Ben casi no abre la boca. Cada tanto bosqueja alguna pregunta, o le dice algo a su yegua, o le muestra una cosa a Mat. De a ratos, cabalgan en silencio. Pero Jack sabe muy bien que, bajo la sombra del ala de su sombrero, los ojos de Ben miran y evalúan todo.

Para que Mat pueda nadar un poco, se detienen junto a un pequeño estanque tabicado durante la época del abuelo de Jack para aprovechar las aguas surgentes de un manantial. Jack y Ben atan los caballos y van a sentarse sobre las losas del muro, cubiertas de musgo, a la sombra de un sicomoro inmenso. En la indolencia de esa tarde los aborda una alegría profunda. Una vez que Mat se secó al sol, se puso otra vez la ropa y fue a sentarse al muro, entre los dos hombres, se quedan los tres un rato más mirando los pescaditos que viven en el estanque y las libélulas que revolotean sobre el agua. Por fuera de la sombra de ese árbol añoso, el día arde brillante sobre los cerros y los pastizales.

Cerca del ocaso, cuando la tarde ya empieza a enfriarse, cabalgan de vuelta al granero. Jack desmonta frente a la puerta y le dedica a Mat un par de palabras jocosas a modo de despedida. Y después se da vuelta hacia donde está Ben, cuyos ojos —complacidos, y, a su modo distante, quizá también felices— ahora lo están mirando. “Jack, muchacho, estás haciendo las cosas muy bien”. Entonces apoya una mano sobre la yegua, la hace girar y emprende el regreso a su casa. Mat lo sigue de cerca. Jack los mira hasta que los pierde de vista.

Aunque ahora está apoyado en su bastón, en el porche delantero del hotel de Port William, contemplando la primera mañana fresca de septiembre de 1952, en realidad no está ahí. Está a seis kilómetros y a sesenta y cuatro años de ese lugar, en otra época, cuando aún había música en su interior, cuando era liviano. Desde la cumbre de aquellos años, su mente vuelve al presente como un pájaro que se posa en la cabeza de una estatua, y otro día de su vejez ilumina la calle. El frío ya caló hondo. Jack va a bajar hasta el almacén de Jasper Lathrop, donde, aunque el otoño todavía es demasiado joven como para esperar un fuego encendido, algo del calor del día previo tal vez haya sobrevivido el paso de la noche. Golpea fuerte el borde del porche con el bastón, como si quisiera que la áspera realidad se pusiera en alerta y, prestando mucha atención a los escalones de piedra, baja pesadamente.

Dos: Ben

Esa mañana, cuando Mat Feltner salió al jardín delantero de su granja, en el curso de sus tareas matutinas, vio al viejo Jack parado en el porche del hotel como si fuera el monumento de algún prócer. Todavía estaba oscuro, y le costó distinguir la silueta del anciano bajo la penumbra del alero.

Más tarde, mientras lleva la leche a la casa, vuelve a mirar, y después tiene que detenerse y echar otra ojeada, porque el viejo Jack sigue en la misma posición que antes, aunque ahora ya lo cubre la luz del amanecer.

El nieto de Mat, Andy Catlett, que estuvo dándoles agua y comida a los cerdos, llega en silencio al jardín y se para a su lado.

—¿Cómo anda este muchacho? —dice Mat. Y de inmediato, al recordar que ese es el último día de Andy en la granja, ya que a la mañana siguiente se va a la facultad, estira una mano y lo abraza por los hombros. Se quedan así un buen rato, mirando mudos al viejo Jack, que tiene la vista puesta en otra parte.

—Bueno —dice Mat, como si diera por terminada una conversación muy larga—, vayamos a desayunar.

Entran, cuelan la leche, se lavan un poco y vuelven a la cocina.

Una vez sentados a la mesa, Mat arruga el ceño y hace que no con la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunta Margaret.

Mat, que no es consciente de las señales que acaba de dar, mira a su esposa y le sonrío.

—Nada —dice. Y al instante, porque sabe que ella no le está creyendo, agrega—: El tío Jack. Está ahí parado desde antes de que saliera el sol. Parece atornillado al suelo del porche.

Margaret apenas asiente. Mat levanta su taza; ella se la llena de café y se sienta.

El viejo Jack se convirtió para ellos en una preocupación. Es como si en las últimas semanas le hubiera empezado a fallar la cabeza. Lo vienen observando con cierta inquietud, tanto ellos como los otros en la comunidad que se preocupan por él, por miedo a que en una de esas ensoñaciones suyas, cuando queda como ausente, fuera de su propio ser, se caiga o se lastime o termine atropellado por un auto. Todos alguna vez se lo encontraron, en el curso de su deambular cotidiano, inmóvil y de pie, tan desgarradoramente vacío como una casa abandonada. Y otra cosa que notaron aquellos que se preocupan por él es que Jack se les está alejando, que se desliza cada vez más seguido hacia un pasado que ahora lo absorbe casi por completo. Y lo echan de menos, porque saben que su partida los va a modificar a todos.

De pronto, Mat se ríe.

—El otro día Burley Coulter me decía que el tío Jack se está convirtiendo en una estatua. Que está en plena metamorfosis. Un día se va a quedar parado para siempre así como está ahora, y ya no se va a mover más. Los pájaros le van a anidar encima.

Margaret le concede una sonrisa a las fantasías de Burley. Pero cambia de tema.

—Mat, tenemos que traerlo a casa. Es ahora. Si no lo hacemos, nos vamos a arrepentir.

—Más me voy a arrepentir si le impongo algo que no quiere —dice Mat—. No, Margaret, no lo voy a traer. Se va a sentir una carga, un inútil. Va a sentir que depende de nosotros, y no quiero hacerle una cosa así. Va a ser más feliz si se queda donde está. Donde puede arreglarse. Si llegamos al punto en que ya no se pueda valer por sí mismo, cosa que espero que no suceda nunca, entonces ahí sí lo traemos a casa.

Habla con más vehemencia de la que quiere transmitir, porque lo que bulle en el fondo de sus pensamientos, eso que

no tiene intenciones de enunciar, es que piensa postergar todo lo posible el esfuerzo adicional que las necesidades del viejo Jack supondrían para Margaret, cuya salud ya no anda nada bien. Igual no es que lo que acaba de decir no sea cierto.

—Por otra parte —agrega—, no vendría.

Y es verdad. No iría. Jack jamás permitiría que se metieran en su vida.

—Cuando le haga falta nuestra ayuda, lo vamos a ayudar —dice Mat.

Se lo debe. Es lo mismo que el viejo Jack hizo siempre por él: nunca le dio una ayuda que no necesitara, sino *exactamente* la que sí le hacía falta. Mat tiene sesenta y nueve años. Hasta donde llega su memoria, Jack siempre estuvo ahí, a su entera disposición. Cuando Mat nació, Jack era ya un hombre hecho y derecho, un hombre de esos que no abundan. Y le guardó lealtad durante todos estos años. Es una fidelidad que Mat le retribuyó al pie de la letra. Pero la lealtad de Jack fue un precedente, el modelo a seguir. Mat pudo contar con Jack durante toda su vida; lo tuvo ahí como guía rectora y como ejemplo, como maestro, capataz y compañero, como amigo y como fuente de consuelo. Cuando él ya no esté, Mat va a ser el más viejo en esa cofradía de amigos y parientes de la cual Jack ha sido el centro durante tanto tiempo. Siente el acecho latente de esa certeza: pronto no habrá nadie entre él y la tumba. Ve un presagio funesto en la interrupción inminente de ese hilo de recuerdos; un relato que se remonta hasta la Guerra Civil y con el que ahora el viejo Jack mantiene un vínculo sumamente tenue.

—Cuando él lo necesite, lo vamos a ayudar. Mientras no lo necesite, no. ¿No te gustaría que usaran con nosotros esa misma lógica?

—Bueno —dice Margaret—. Ve a ver cómo está y dile que venga a almorzar.

—Es lo que estaba por hacer. Para que veas la ventaja que te llevo siempre.

Se ríen. Mat acaba de parafrasear a Lightning Berlew, su ayudante, quien, cada vez que recibe una orden, dice “Bueno, justo estaba por hacer eso mismo”, y que no bien cumplida la instrucción, en general con resultados no demasiado satisfactorios, agrega: “¿Vio la ventaja que le llevaba?”

Mat se levanta y se pone el sombrero.

—Andy —dice—, saca la camioneta y ve a ayudar a Burley y a Jarrat a descargar los carros. —Mientras va saliendo, se toca el ala del sombrero como para despedirse de Margaret.

Abre la puerta del gallinero, cruza el recinto y, tras atravesar una segunda puerta, llega al establo. Ya brilla el sol. El valle del río está cubierto por una niebla blanca y espesa que se extiende hasta las laderas de las tierras altas y se va volviendo transparente en los bordes.

Lightning se acerca desde su casa, surcando los pastizales. Se toma su tiempo. Mat se detiene para esperarlo. Lightning camina, como siempre, con el ala del sombrero tan cerca de los ojos que tiene que inclinar mucho la cabeza hacia atrás para ver algo; parece que avanzara a tientas, como un sonámbulo.

Tras la muerte repentina de Joe Banion durante el otoño del año previo, a causa de un ataque al corazón, Mat estuvo varios meses sin ayudante. No mucho después del entierro de Joe, su esposa, Nettie, se fue junto a su madre a vivir a Cincinnati con una de sus hermanas; eso había dejado la casita vacía, y sin embargo Mat tardó semanas en encontrar a alguien dispuesto a ocuparla. Le era imposible competir con los trabajos que les ofrecían en las ciudades a los mejores hombres, a los más jóvenes, y no tenía una gran presencia de espíritu para lidiar con los peores. Y sin embargo fue lo peor, o casi, lo que terminó consiguiendo: una pareja sobre la que Wheeler Catlett apenas había oído hablar, un

tal Lightning y su esposa, Sylvania (conocida, se enteró después, como Smoothbore), que llegaron con todas sus pertenencias en el techo y en el interior de un Chevrolet exánime.

—Me dicen que acá vivían unos negros —le dijo Lightning como si nada a Mat mientras desataba el colchón del techo del auto.

—Si no te viene bien... —dijo Mat—, ahí está la ruta.

Y fue entonces que Mat descubrió el primer principio sobre el carácter de Lightning: no había nada en este mundo capaz de agraviarlo.

—Bueno —dijo Lightning—, pocas cosas hay que no se solucionen con una lavadita.

En realidad la casa no habría sido un problema. Si Nettie se hubiera querido quedar, Mat con todo gusto habría construido otra para hospedar a cualquier asistente que pudiera aparecer llegado el caso. Y él quería que se quedara, no solo por Margaret, sino porque sentía que Nettie —y hasta la propia Tía Fanny— ya eran una parte de ese lugar. Por otro lado, no las podía culpar por irse. Todos los suyos ya se habían ido, y Nettie, que jamás había aprendido a manejar, sentía que era demasiado vieja para eso. Quería irse.

A Mat en aquella época le inquietaba muy poco el “problema racial”, pero los lazos que lo unían con esa gente eran intensos. Lamentó su partida tal como había lamentado la muerte de Joe, y los echó muchísimo de menos cuando por fin se fueron. En la primavera, Mat y Margaret manejaron hasta Cincinnati para visitar a Nettie y a la anciana, siguiendo las instrucciones que la mujer les había dejado. Ahora vivían en un edificio de ladrillos rojos cerca de una cancha de béisbol. Era una tarde de domingo muy calurosa, el barrio estaba repleto de gente sentada en la vereda, en sillas y en los umbrales. Entraron en un palier oscuro, de olor acre, y subieron hasta el segundo piso, donde

Nettie alquilaba un departamento. Los recibió contenta, pero no dijo mucho; parecía dubitativa, como si de pronto los considerara dos desconocidos, gente con la que ya no compartía un terreno en común. Extrañaba Port William, sí; tenía la sospecha de que siempre lo iba a extrañar; la gente para la que trabajaba ahora le caía muy bien. Pero a Mat lo que más lo conmovió fue la anciana, que estaba sentada en una especie de nicho que se abría entre la heladera y una ventana desde la que se veía, entre los hierros de la escalera de incendios, la fachada trasera de otro inquilinato. La mujer parecía empequeñecida, resignada, con las manos quietas sobre el regazo, como si fuera una estampita. ¿Dónde estaba su huerta, dónde estaban sus plantas y sus gallinas moteadas, dónde estaban los vastos senderos por los que paseaba largamente entre pasturas y bosques?

—Tía Fanny —dijo Mat—, estás lejísimos de casa.

—Dios mío, señor Mat —dijo—. ¡Ya lo creo que sí!

No se quedaron mucho tiempo. Habían ido hasta ahí para brindarse de un modo que aún no les quedaba claro, y habían descubierto que no eran más que un par de extraños, gente sin ninguna utilidad para satisfacer las necesidades de ese lugar. Se abrieron paso otra vez entre la multitud callejera hacia donde habían estacionado el coche. Mat manejó hasta su casa embargado por una tristeza punzante. De haber dicho algo, habría llorado. Si hubiera podido, si ellas hubieran querido, se las habría llevado con él. Pero sabía que su pena iba en contra de la historia, algo que a él, cuyo hijo había muerto en la guerra, no le resultaba desconocido; sabía que para eso ni siquiera había palabras. Y aun así, se apenaba por Nettie y por Tía Fanny, y por los miles en su misma situación, los hijos exiliados de esa tierra para quienes su historia había sido un sacrificio. Sabía que había visto el final de algo que merecía una conclusión mejor.

Y ahora ahí viene Lightning Berlew. Cuando se mudó a la casita, Mat le dijo que esperaba verlo en el granero a las cinco, antes del desayuno, para que lo ayudara con las tareas matutinas; podía ordeñar una de las vacas para su propio provecho.

—No quiero leche —dijo Lightning. Y jamás apareció por ahí antes de las seis y media.

Mat le ofreció un terreno y las herramientas que le hicieran falta para cultivar un huerto. Lightning ni se tomó la molestia de declinar la propuesta.

Mat no dijo nada. Para ese momento ya conocía bien a su adversario, y sabía que iba a tener que conformarse con lo poco que él fuera capaz de ofrecer, siempre y cuando tuviera *algo* para ofrecer. También sabía bien cómo iba a terminar la cosa: una mañana cualquiera, la casita iba a estar vacía y el auto habría desaparecido; y él no sabría ni por qué ni hacia dónde ni exactamente cuándo.

—Buenas —dice Mat.

—¡Qué tal! —dice Lightning. Se toma su tiempo; es la viva imagen de la molicie: tiene la cabeza echada hacia atrás, se escarba los dientes con la punta afilada de un fósforo quemado. Cruza el corral y se para delante de Mat.

—Llévate el tractor con el acoplado —dice Mat— y ve con Nathan y los demás a ayudar un poco. Yo me sumo en cuanto pueda.

Lightning esboza su sonrisa más servicial, la boca llena de plata y de oro. Y dice, con perfecto desdén:

—Bueno, es justo lo que estaba por hacer. —Muerde el fósforo y mete una mano en el bolsillo para buscar los cigarrillos.

Mat se enfurece. Pero, como hace casi siempre, disimula su enojo con una corrección impecable. Tenía otras cosas en mente.

—Lightning —le dice—, ¿este otoño no quieres matar un cerdo para ustedes?

—¿Eh?

—¿Quieres carne de cerdo?

—Podría ser.

—Bueno, te puedo dar uno de los míos. Pero deberías criarlo en tu casa, y alimentarlo.

—Podría ser, sí —dice Lightning. Se va a buscar el tractor.

Mat se queda quieto un instante mientras su ira cede, y recién ahí emprende el camino hacia el pueblo.

Lightning no va a llevarse el cerdo. Mat lo sabe. ¿Entonces por qué se lo ofreció? ¿Porque es lo correcto? ¿Una forma de poner la otra mejilla? Tal vez. Pero también tal vez por la fascinación perversa de ver cómo alguien demuestra, tan categóricamente, que es un necio. Tal vez para elaborar mejor la acusación que viene rumiando. Mat sabe, y perfectamente bien, lo que va a hacer Lightning a la noche, después del trabajo: en lugar de ocuparse del huerto o de alimentar al cerdo o de hacer cualquier cosa que le pueda reportar un beneficio duradero, en lugar incluso de quedarse sentado en paz, sin ocuparse de nada, va a remolcar su viejo Chevrolet hasta la puerta del granero, y se va a echar ahí abajo para tratar de arreglarlo lo suficiente como para llegar a Hargrave el sábado a la noche. Y mientras él trabaja en el coche, la señorita Smoothbore va estar ahí, sentada en un balde, dándole ánimos, porque ella también, por lo visto, tiene sus razones para querer ir a Hargrave. Aunque ahora los dos viven y trabajan en esa granja, no tienen ninguna conexión con el lugar: no les interesa, no esperan nada. Sobreviven con lo justo, y parecen conformes con eso, ligados al mundo material por un dinero diario ganado a duras penas. A Mat le preocupan más de lo que está dispuesto a admitir.

Cuando Mat llega al hotel, ve que el porche está vacío, y por un segundo se sobresalta. Es como si hubiera inferido, a partir de la inmovilidad previa de Jack, que se lo iba a encontrar ahí cada vez que levantara la vista. Pero si el anciano no está en el

porche del hotel a esa hora de la mañana entonces tiene que estar en el almacén de Jasper Lathrop, o en la barbería de Jayber Crow. Cruza por el medio de la calle hacia lo de Jasper.

En el interior del negocio, cuyas ventanas amplias miran hacia el sol matutino, se arremolinan brillantes las motas de polvo que Jasper acaba de levantar con la escoba. En el mostrador de adelante se agolpan varias mujeres; charlan, esperan para pagar la compra. Pero el órgano vital del negocio de Jasper no es esa caja registradora, donde se congregan las mujeres, sino la salamandra al fondo del local, enorme y herrumbrosa, rodeada de varias sillas y un banco dispuestos en semicírculo. El banco y las sillas ya empezaron a recibir a los viejos y a los haraganes que van a pasarse el día deambulando entre los negocios del pueblo. De pie alrededor de la salamandra, charlando y riendo, hay también varios hombres más jóvenes; entraron a fumar un cigarrillo, o solo de visita, antes de irse a trabajar, mientras esperan un rato a que el día, con suerte, se entibie, y a que el rocío helado se evapore del tabaco antes de entrar en las plantaciones. Aunque no hay fuego, llevan el frío de la mañana metido en la cabeza, así que igual se paran cerca de la salamandra.

El viejo Jack está sentado en el ángulo que forman el apoyabrazo y el respaldo del banco, sobre el extremo más próximo a la estufa. Tiene el abrigo mal abotonado, así que el lado izquierdo del cuello casi le toca la patilla. Una de las orejeras de su gorra de corderoy cuelga suelta. Él descansa las manos sobre el bastón, mantiene la vista clavada en el resplandor de las ventanas delanteras. No da ninguna señal de haber escuchado, no hace ningún gesto de asentimiento cuando Mat les habla a los otros parroquianos. En cuanto Mat lo ve, percibe su ausencia. Se inclina sobre el anciano y le apoya una mano en el hombro.

Muy al fondo de la memoria del viejo Jack surge una loma cubierta de pasto, regada de árboles que dan sombra, y más allá

otros árboles, y a los pies de la ladera un estanque de agua inmóvil donde se refleja, impoluto, el tronco blanco y moteado de un sicomoro. Él está de pie al borde del prado, contemplándolo. Hace mucho tiempo que está ahí. Y ahora siente que lo tocan. Una mano amable lo acaba de tomar del hombro. Le parece que debe ser la mano de Ben Feltner. Ese contacto le aporta una especie de claridad, una especie de afirmación. No conoció a muchos hombres capaces de ofrecerse tan abiertamente mediante el roce de una mano. Alza la mirada hacia donde está Mat, que se inclina entre su cuerpo y la luz. Jack se encandila.

—¿Ben?

—No, tío Jack. Soy Mat. ¿Cómo estás?

—Estoy bien.

—¿Te sientes bien?

—¡Sí, señor!

—Bueno, me dijo Margaret que te diga que vengas a almorzar.

—Eso haré —dice el viejo Jack. Sonríe, complacido con la invitación, y con Margaret, en cuya generosidad confía siempre pero jamás da por sentada.

Entonces estira una mano y se aferra al antebrazo de Mat en una suerte de caricia áspera y tentativa. Aunque el pelo de Mat es tan blanco como el suyo, se trata, en esencia, del gesto que un hombre grande le dedicaría a uno mucho más joven. El gesto de un tío, una declaración de honda y sentida familiaridad.

—Te lo agradezco mucho, querido.

El viento agita la hierba en los pastizales, y hacia ahí regresan los ojos de Jack. Está parado en las lindes del campo. Le gustaría adentrarse, caminar un poco; le gustaría echarse bajo la sombra de uno de los árboles a la vera del estanque. Pero ahora no puede. Aunque no da vuelta la cabeza ni aparta la vista, sabe que Ruth está ahí, entre los troncos, a sus espaldas. No lo va a

abandonar, pero tampoco va a ir a pararse a su lado, ni va a salir con él al fulgor del campo, ni se va a echar junto a él bajo la sombra.

Pero en el hombro lleva la huella viva —a un tiempo recuerdo y sentimiento— de la mano de Mat, que es como la de Ben, o *es* la de Ben; o más bien *su contacto* es el de Ben, porque su significado se ha ido desprendiendo de las manos de los hombres como hojas y ha seguido viviendo. Es la bondad de Ben, su generosidad de espíritu, lo que sobrevivió en Mat. Pero en Mat hay también una inteligencia inquieta, un afán por que todo sea como debe ser, una bronca y un resentimiento —herencia de su madre— por el estado de las cosas. Su madre es una Beechum. Mat nunca tuvo la paciencia de Ben. O más bien toda la paciencia que llegó a cultivar en su vida la adquirió, al igual que el viejo Jack, a fuerza de sufrimiento.

Jack conoció a Ben Feltner durante casi cuarenta años, y jamás lo vio urgido y jamás lo vio enojado. Y eso de ningún modo parecía consecuencia de un mero autocontrol, sino más bien de una paz inextinguible que Ben había negociado consigo mismo y con el mundo —o quizás era una paz innata—, una voluntad por vivir dentro de los límites de su propio destino. Criados ambos a su afable sombra, Jack y Mat habían admirado y obedecido esa calma inmensa que percibían en Ben (algo en lo que ambos habían fallado, y a un gran costo, durante tantísimo tiempo).

“Jack, hijo”, decía cada tanto Ben, “el mundo va a seguir ahí te apures o no”. A Jack, y más adelante a Mat, cada vez que la incertidumbre del futuro los sacaba de quicio, les decía: “Mañana va a llegar mañana, hijo”. Jack tenía casi sesenta años cuando logró poner en práctica esa enseñanza, pero a la larga lo consiguió. Y Ben siempre repetía: “Dejemos el pasado atrás. Que los muertos puedan descansar”. Lo decía sonriendo, con aquella sonrisa

suya tan remota, tan sagaz, y una mano sobre la barba. “Que sea lo que tenga que ser, hijo”. Jack nunca pudo con eso.

Ben Feltner, ese santo, está muerto. Ya lleva cuarenta y un años en la tumba. Y Jack Beechum, que era, salvo por la sangre y el nombre, su hijo, llegó a una edad en que podría ser su padre.

—Jack, ¿un poco de tabaco para mascar?


El que le grita al oído no es un extraño; Jack conoció a cinco generaciones de su familia, desde sus abuelos hasta sus nietos, pero ahora es incapaz de decir su nombre, aunque sí recuerda el de su padre y el de su abuelo.

—No, Irvin —dice—. Pero muchas gracias, hijo. Te lo agradezco.


Nombres de personas vivas no retiene ahora más que unos pocos. Pero tan franca es su relación con ese impedimento que a los hombres los llama *Irving*, o *hijo*, y a las mujeres, salvo a un par, les dice *Suzy*, o *corazón*. Es un gesto de cortesía. Son todos lo suficientemente jóvenes como para ser sus hijos y sus hijas.

Como el viejo Jack no lo miró, el hombre vuelve a guardar la bolsa de tabaco en un bolsillo y retoma la charla con la persona a su derecha.


Ahora que se acordó, el viejo Jack saca su propia piedra de tabaco —el producto típico de la zona, conocido como “long green”— y muerde un bocado. Durante unos instantes, presta atención a los sonidos y los olores del almacén. Desde el frente le llegan voces de mujeres, risas. A su lado, la conversación de los hombres es como un zumbido. Lo sobrevuela. No presta atención a las palabras. Y sigue con los ojos fijos en las ventanas de adelante. El resplandor de la luz matutina, al igual que la oscuridad, le parece ahora algo digno de contemplar, una especie de gratificación. Sin embargo cuando quiere, o necesita, todavía puede ver bien, aunque llegó a un punto en que eso le demanda demasiado esfuerzo, y cada vez le parece que vale menos la



pena. Su vista, como si fuera un cambio físico irreversible, se ha replegado hacia el interior. Cada vez más seguido, el mundo tal como es ahora le resulta una aparición, o una nube a la deriva que se abre y se cierra, recortada contra las luces y los colores claros del mundo tal como era. El mundo tal como es le sirve, sobre todo, para hacerlo retroceder, por pasajes a veces demasiado familiares, hacia aquel mundo que aún vive en su cabeza —un mundo muerto, velado, inalterable—.



El contacto de la mano de Mat, que trae grabado con suma precisión el contacto de Ben, hace que el viejo Jack gire, como sobre un pivote, hacia lo más hondo de su memoria. Ahora tiene unos ocho años, la guerra terminó hará tres; está parado en el senderito de acceso a la granja, mientras oscurece, mirando esa casona antigua. Parece gris por falta de pintura, y deja entrever otros signos de abandono, como si la inteligencia que la habita mirara para otro lado y se hubiera olvidado de ella. Aún lleva engarzadas la pérdida y la derrota de antaño. Para ese entonces, Jack ya aprendió a mantenerse lejos de la casa siempre que puede, a evitar las sombras y los recuerdos mediante la luz diurna. Para él, la casa está colmada por los recuerdos persistentes de un pasado que nunca llegó a conocer, una vida más rica, más sensata, más pródiga y más agradable que la vida que le tocó a él. De las charlas difusas que tuvieron lugar a su alrededor rescató muy pocos datos, nada ni parecido a un relato coherente, a una historia, sino más bien meros indicios de una época previa de grandes dispendios, de comidas copiosas, risas, de cuartos bien iluminados donde bailaban hombres y mujeres. Y sabe que la guerra puso fin a esos tiempos de bonanza.




Antes de que llegara a conocerlos, sus hermanos, hombres ya grandes cuando él nació, se unieron al Cuarto Regimiento de Caballería de Kentucky. Se llamaban Hamilton y Mathew. Jack sabía que se habían ido a pelear contra los Yankees. Los motivos




de esa partida puede que aún fueran objeto de conjeturas. Ni siquiera en la época de su abuelo la granja había sido grande; nunca había habido más que una o dos familias de esclavos; su propia familia no tenía vínculos de vida o muerte con ninguna de las instituciones que sus dos hijos se comprometieron a defender. De chico, Jack solo dio por hecho que habían hecho lo que tenían que hacer. Gente desconocida, de alguna otra parte, trataba de decirles cómo proceder, y ellos no lo iban a tolerar. Quizá las cosas fueron así de simples. Quizás era tan inevitable que se hubieran ido a la guerra como que lo hubieran hecho a caballo: infantes de caballería por necesidad. Era lo que les tocaba elegir a los hombres de su condición; no pensaban en obrar de otro modo.


Se fueron, sabía Jack, una mañana de septiembre de 1862, después de estibar el tabaco; se habían negado a arreglar con los hombres de la leva mientras la cosecha no estuviera terminada. Aunque Jack era demasiado chico —más adelante le dijeron mil veces que era demasiado chico— como para acordarse de ellos, igual mantuvo, durante toda su vida, una visión extraña y difusa de aquella partida. ¿Solo se lo habían contado, o de verdad llegó a ver, en brazos de su madre, o de Nancy, cómo se iban sus hermanos? Es una mañana fresca y diáfana, en el aire ya se siente el regusto del otoño. Uno al lado del otro, Ham y Mat cabalgan por el senderito de acceso bajo las sombras de los árboles; los caballos, un alazán y un castaño, van muy juntos. Cada quien lleva un rollo de frazadas atado en la parte de atrás de la montura; cada quien lleva un rifle en el arzón delantero. Tienen los sombreros inclinados hacia el frente, para hacerse sombra sobre los ojos, ya que cabalgan hacia el sol. ¿Qué aspecto tenían? Jack no lo sabe. Conserva solo una suerte de imagen periférica; cada vez que intenta poner sobre ellos el foco de su memoria, cada vez que quiere examinarlos de lleno, se evaporan. Le parece que, no



bien llegan al final del sendero, y doblan en dirección al camino principal, y se pierden de vista, ya no vuelven la cabeza atrás. Le parece que, mientras los observa, ellos ya vieron su casa por última vez, ya le dieron la espalda para siempre. Ese no es tan solo un saber retrospectivo; como en la mente anacrónica del chico que fue la imagen de aquella partida se superpuso con la certeza de la muerte de sus hermanos, ambos hechos se fusionaron en uno solo, así que ahora, en su ensoñación, le parece que los ve irse con la clara presciencia de que no van a regresar. Y en efecto no lo hicieron. A Mat lo mataron al mes siguiente durante el primer combate de su regimiento, en la batalla de Peryville, y a Ham en la tercera escaramuza del brigadier Morgan, en Cynthiaiana, en junio de 1864.



Jack no recuerda nada relacionado con las circunstancias en torno a las noticias sobre la muerte de Mat. Mucho antes de que la vida de Mat fuera para él un hecho, su muerte también lo era. Pero se acuerda cuando se enteraron de la muerte de Ham. En ese momento Jack tenía cuatro años. Más que nada se acuerda de que durante dos o tres días después de recibidas las noticias no le dejaron ver a su madre. Su padre pasaba mucho tiempo sentado frente a la chimenea apagada, en la sala de adelante, mirando el piso. Nancy y la cocinera se quedaban con Jack en la cocina; lo sacaban a dar una vuelta por el campo cuando se ponía inquieto. Dentro de la casa se hablaba entre susurros. Esos murmullos se anclaron en su memoria para siempre: un augurio portentoso, claro indicio de tragedias y de misterios. ¿Por qué lo habían matado? ¿Qué iba a ser de él? ¿Cuánto tiempo era *para siempre*? Se acuerda también cómo lo abrazaba Nancy, cómo lo acunaba de noche junto a una de las ventanas de arriba. Sabía que su hermana lloraba.



Y antes de la primavera del año siguiente su madre estaba muerta y enterrada entre las lápidas torcidas y los cedros añosos



del cementerio de Port William. Para él fue siempre un dato de peso que ella hubiera muerto antes del final de la guerra, entre la amargura y el dolor, y en la que él estimaba la oscuridad de aquel último invierno.

Así que para el final de la guerra la casa se contaminó con una sensación de pérdida, de retracción, y también de quietud. Era como si al anochecer, cada vez que entraba en una de las habitaciones mudas, aquel chico pudiera oír los ecos solemnes de alguna dicha fallida, o los pasos remotos de sus hermanos, cuyos abrigos seguían colgados en el perchero de uno de los armarios de la planta alta. Pero si algo evocaba la quietud de la casa era, sobre todo, otra quietud, la que había cubierto la enfermedad larga y terminal de su madre.

Cuando se ve a sí mismo frente a la puerta de la casa, ochenta años atrás, vuelve a sentir un pavor que en aquel momento le resultó ineludible y que jamás logró olvidar. El recuerdo carece de antecedentes; quizá la mera evocación haya durado más que el hecho en sí. Está oscureciendo. Los vencejos ya empezaron a zambullirse en las chimeneas. Es la hora en que las penas de la casa regresan a ella y ahí anidan. De todos los que hubo alguna vez en ese hogar, solo quedan él, Nancy y su padre. Va a llegar un día en que el vigor y el ímpetu de Jack se impondrán por sobre la melancolía de la casa; un día en que, con una jactancia que le va a resultar intimidante incluso a él mismo, se va a apropiarse de la ropa abandonada de sus hermanos y se la va a poner. Pero para eso todavía falta mucho. Ahora la casa está a punto de colmarse de una pena implacable, y él tiene terror de entrar, aunque sabe que debe hacerlo. Pronto lo van a llamar.

En su sexto año de vida, la mente de Jack ya había incorporado el que sería uno de sus movimientos distintivos: alejarse de la casa, de la pérdida, de los fracasos y de las constricciones de su historia, para abrirse paso hacia la tierra, los

bosques y las plantaciones de la vieja granja, donde ya percibía la promesa de lo infinito, de lo abundante. Se quedaba al aire libre todo lo que podía; seguía a los hombres hasta los campos cuando lo dejaban, o bien vagaba por los bosques y los arroyos cuando no lo dejaban. Siempre afuera, lejos de esa casa empedregada y opaca, ya había empezado la lenta aparición de lo que iba a ser. Apartado de la casa, Jack era libre; percibía la potencia de sus propios sentimientos, de sus inclinaciones; seguía los estímulos de su curiosidad acerca de lo que sucedía en los campos y los bosques. Siempre estaba metido en el medio de algo, o de alguien, tratando de ver qué pasaba. “¡Atrás!”, le tenían que gritar. “¡Quítate del medio! ¿Cómo hago para ver qué estoy haciendo si tengo tu cabezota siempre metida en el medio?”. Los negros que contrataban para el campo lo corregían y lo instruían, por lo general de buen humor; se habían resignado a la tarea, conscientes de que si no lo hacían ellos no lo iba a hacer nadie. Le enseñaron a trabajar. El precio por pasarse el día con ellos era aprender lo que quisieran enseñarle. Y lo que él quería de ellos, lo que les pedía a los campos en los que trabajaban, era que lo consolaran por la historia fallida de aquella casa, que se había aislado del tiempo, que se había detenido y se había vuelto sobre sí misma. Quería experimentar esa sensación que aportan el tiempo cíclico y los elementos de la naturaleza, y que solo se adquiere cuando alguien está día y noche en la cima de un cerro.

Habrán momentos, más adelante, en que deberá alejarse de los riesgos y las perplejidades de esas condiciones implacables, cada vez con más apremio, para replegarse otra vez hacia su historia. Ante la necesidad de una experiencia más madura que la suya para determinar qué era esperable, y qué era posible, recurriría a Ben Feltner, así como más tarde otros hombres más jóvenes recurrirían a él.